

El fuego abrasa el combustible, le comunica todos sus ardores, y lo penetra con su viva llama; así también en Dios: el Padre y el Hijo, sin reserva ni medida, comunican al Espíritu Santo la divina esencia: y así todo el fuego, y el vivo y puro resplandor de la luz que humildes veneramos en la tercera persona de la santa y adorable Trinidad, vienen del Padre y del Hijo. Y semejante al combustible que se conserva en medio de las llamas, el Espíritu Santo eternamente subsiste y es distinta persona del Padre y del Hijo.

Mas el combustible resiste alguna vez á la acción del fuego, ó éste lo llega á consumir, y en cuanto al propio sér es diferente del sér del mismo fuego. Nada de esto tiene algun lugar en el Espíritu Sagrado; que ni es jamás destruido, ni resiste, ni se distingue realmente de la divina esencia; si bien lo es de las personas del Padre, y del Hijo. En efecto, adoramos un solo Dios verdadero; hé aquí la misma esencia en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: tres personas distintas: hé aquí su relativa subsistencia, su real y verdadera distinción.

El fuego terreno llega á extinguirse, y el combustible queda opaco, inactivo y tan sólo en potencia para ser otra vez penetrado por las llamas; mas el fuego divino que el Padre y el Hijo eternamente encienden, al comunicarle la divina esencia, al que es el amor de los dos, es inextinguible, siempre vivo y ardiente, y lleno de una actividad infinita y eterna; y con esta actividad tiene asimismo, una infinita dulzura; es una caridad que se derrama; un bálsamo sagrado que penetra cuanto toca, de divina unción; un néctar celestial que nos embriaga en sus delicias; una leche de consuelo con

que nutre Dios el corazón de los pequeños; un panal de miel de suavísima dulzura que nos hace de antemano, gustar las delicias de la gloria.

Al pensar en todo esto, sentimos conmoverse nuestras almas; ¿ha prendido en ellas por ventura, la llama de ese fuego celestial? y si esto no es así, ¿de dónde vienen los suspiros que exhalamos, el llorar de nuestros ojos, los santos y elevados pensamientos que tenemos, la indiferencia por esas grandes pequeñeces que se llaman atractivos de la vida? Y con todo, sabemos que ninguno puede decir, Señor Jesús sino por el Espíritu Santo. (1)

El Padre y el Hijo están en el Espíritu Santo como la serena y hermosa gravitación del amor que descansa en su centro.

El Padre ama al Hijo y el Hijo ama á su Divino Padre; ¿y por qué motivo? Bajemos nuestros ojos de tan grande altura, y veamos lo que pasa en el corazón del hombre, donde podremos ver y preguntar esos motivos, sin que faltemos al profundo y santísimo respeto que acaso quede lastimado dirigiendo nuestras preguntas sobre aquel amor de nuestro Dios, á quien ántes de toda pregunta, tenemos que adorar humildemente.

En la tierra los padres aman á sus hijos, porque éstos han salido de su seno, son su viva imagen, y en ellos se sienten renacer: son los hijos la extensión de la vida de sus padres; los que, cuando bajan al sepulcro, llevan palpitando el corazón, porque en éste, van los seres muy amados á que dieron la existencia: éstos

(1) I. Cor. XII. 3.

han recibido su postrer mirada, escucharon sus últimas palabras, y recogieron su aliento al espirar: Hé aquí la razon por qué admiramos en el amor de un padre la constancia, la abnegacion y la pureza, que no se hallan en otros amores de la tierra; y cuando no hay causa extraña que lo impida, ese amor descubre tan sublimes y brillantes rasgos de grandeza, y tanta elevacion y fuerza, que son inexplicables si no atendemos á su elevado y noble origen.

Pero ese amor puede disminuir, y dividirse entre muchos hijos: ¡cuántas ocasiones, estos mismos hijos causan á sus padres las más amargas penas, quebrantan sus mandatos, deshonoran su nombre, y parece que no tienen otro pensamiento que contrariar su voluntad! El amor de los padres, entónces, enciérrese, y llora, en su propio corazon; mas nunca muere; y si no, contemplad su tristeza y aquellos dolientes suspiros que casi sin sentir, se escapan de su pecho: emplean toda su industria para llevarlos al sendero recto; el rigor, la indulgencia, el retiro, y sus preces al Eterno; y si logran que vuelvan sus hijos sobre su conducta, llénanse de gozo, saltan de alegría y entónces tambien, es el tiempo de las dulces expresiones, de blandas y amorosas palabras, del festin espléndido; y de poder, en fin, exclamar: Comamos y celebremos un banquete; pues que mi hijo estaba muerto y ha resucitado; se había perdido, y ha sido hallado..... Era muy justo regocijarnos. (1)

¿No habeis visto alguna vez, cómo los grandes rios

(1) Luc. XV. 23, 24, 32.

son acaso detenidos en su curso, algun instante; mas luégo aumentan el caudal y la fuerza de sus aguas, y destruyen en seguida, y traspasan, el dique que les impedia su curso; y entónces caminan más precipitadas y sonoras, y se dilatan saliendo de madre? Pues ved allí una imágen del amor de un padre que despues de largos años, hallábase oprimido sin tener aquellas dulces y gratas expansiones que su misma ternura le exigia; pero es llegado el tiempo en que se abra esa compuerta, y en que pueda el amor hacer salir sus impetuosas ondas: quitáronse los diques á ese hinchado piélagos, y se derrama por fuera, como quien sale del seno de su madre. (1)

Hé aquí, pues, cómo esos trasportes de inmenso y ardiente regocijo, que experimenta el corazon de un padre en las circunstancias dichas, son verdaderamente necesarios, y nó hay humana fuerza que pueda impedirlos.

En cuanto al amor que los hijos tienen á sus padres, la naturaleza, la gratitud, el interes, la religion, y mil otros motivos, los obligan y estrechan á conservar, siempre vivo y ardiente, aquel sentimiento. Cierto es que las pasiones, muchas veces, lo sufocan y llegan casi á extinguir; mas renace de sus propias cenizas, y cuando ménos, tal vez, lo pensamos, ha crecido en nuestro mismo corazon; y á no impedirlo, pronto nos dará sus más preciosos frutos; y semejante á un árbol gigantesco de frondoso y espeso follaje, podremos descansar bajo su amada y dulce sombra.

[1] Job XXXVIII. 8.

Hé aquí, pues, cuán bello y fecundo es el amor que los padres tienen á sus hijos, y éstos á sus padres: eleva engrandece, es fuerte, invencible, paciente, generoso y activo; hace que todo sirva á sus designios, de todo se aprovecha; y sus mismas pérdidas no lo desalientan, que ántes le prestan vigor y nueva vida; y triunfando de todos los obstáculos se sienta, coronado y satisfecho, como en glorioso trono, en el corazon del hombre que tiene ya sujeto á su dominio, haciéndole sentir, no la humillacion de ominosa esclavitud; sino la santa y amable libertad de hijos de Dios, que llenos de contento exclaman: Padre mio, Padre mio. Y ese mismo amor, ese adorable y soberano Espíritu da testimonio que somos hijos de Dios; hijos que llevan en el alma, inestimables tesoros de amor y ternura para con su dulce Padre.

Como se ve, insensiblemente nos hemos elevado, al hablar del amor natural de padres é hijos, hasta el mismo Dios, que derrama su divina caridad en nuestras almas, por el Espíritu Santo que se nos ha dado. (1) Sigamos, pues, con la mirada en el Señor; ya que es tan glorioso y dulce contemplarle.

El Padre ama al Hijo con un amor eterno, infinito, necesario y perfecto; amor que es fuente inagotable de suavidad y encanto; un fuego abrasador de santa y divina caridad. ¿No veis cuán dulce y amorosamente se inclina á su Hijo; y aquella tiernísima y blanda mirada con que sin cesar contempla la inefable belleza de su

[1] Job V. 5.

Verbo; la hermosura y grandeza, la ciencia y la virtud que resplandecen en su viva y sustancial Imágen; en el espejo sin mancilla, de su eterna y divina majestad? No dirémos que renace en el Hijo el amable Padre, cuya virtud es eterna y perfecta; mas sí que el Hijo vive por el Padre, (1) de quien todo lo tiene; Hijo que recibe su mirada eterna, y escucha su palabra, y respira su divino aliento, pues gozan los dos la misma vida.

Mas contemplemos ya, el amor del Hijo á su Divino Padre, origen de toda su grandeza, su adorable y eterno principio; su Padre, en fin, para quien es un objeto de inestimable complacencia; y ¿hay humana lengua que decirnos pueda, cuán ardiente y abrasado es el fuego con que el Hijo lo ama; y la dulzura y descanso que se halla gozando en el divino seno de Aquel Padre; y esa fuerza infinita con que tan santa y dulcemente, se refiere al mismo Padre? Hé allí á Uno y Otro, unidos con amorosa y tiernísima lazada. (2) El Padre y el Hijo se aman mutuamente, con adorable y santo amor; que se encuentra en ellos mismos, y por esto descansan con divina y gloriosa beatitud; su reposo es eterno y sereno; no ha comenzado alguna vez, ni nunca podrá terminar.

Gravita el amor hácia su centro; mas ¿qué dirémos, sabiendo que el Padre es caridad, y el Hijo gracia, y el Espíritu Santo comunión? (3) No está fuera de Dios el centro de su dicha: ¿no veis la grandeza del Padre, la hermosura del Hijo, y el amor que de am-

[1] Joann. VI. 58. [2] D. Th. 1. p. q. 39. a. 8. [3] Offic. S. Trinit.

bos procede; y estas tres divinas personas, siendo nada más un solo y adorable Dios? El Padre todo lo contempla en su Verbo; y el Verbo todo lo recibe de su Padre. Descansa, pues, aquella mirada en el Hijo; y descansa el Hijo en su mismo Padre; y hé allí que el amor de entrambos sale de tal suerte de Uno y Otro, que es una persona verdadera y distinta del Padre y el Hijo; y está con ellos teniendo siempre la misma esencia.

¿Buscamos el peso que tiene el corazón? pues no olvidemos estas palabras: Mi amor es el peso de mi alma; (1) ¿cuál será, pues, aquel peso infinito de amor y de gloria del Padre á su Hijo? (2) Y respecto del Hijo ¿no harémos la misma pregunta? decimos, por lo mismo, que de ambos procede el amor que los une.

Pongamos nuestro corazón en el Señor; busquemos en Él, nuestro descanso, Él, en fin, sea nuestro dulce y soberano amor. El Padre ha enviado el Espíritu de su Hijo á nuestros corazones; (3) amemos, pues, al Padre de quien somos hijos adoptivos; y al Hijo que nos ha hecho sus hermanos; y al Espíritu Santo por quien la caridad en nuestras almas, se ha derramado, y que es la prenda del amor que Dios nos tiene; (4) preciosa y regalada prenda de nuestra herencia del cielo, hasta la perfecta libertad del pueblo que se ha adquirido el Señor para alabanza de su propia gloria. (5) Y el amor nos dará el descanso: ¡ah! descansar en el seno del mejor de los padres, y glorificar al Unigénito

(1) D. August. in verba Sap. VII. 21: Omnia in mensura disposuit. [2] Cartagena. L. XVI. hom. 1. [3] Galat. IV. 6. [4] II. Cor. I. 22. [5] Ephes. I. 14.

de Dios; y amar, en fin, al Espíritu Santo; hé aquí la dicha, hé aquí la gloria de los hombres. Por esto exclamamos: Este es para siempre el lugar de mi reposo: aquí habitaré, porque éste es sitio que yo escogí. (1)

CAPÍTULO XI.

EL ESPÍRITU SANTO EN SU DIVINO Y ETERNO

PRINCIPIO.

§ I.

Grande es el Señor, y digno de ser infinitamente alabado: su grandeza no tiene límites. Las generaciones todas celebrarán sus obras, y pregonarán su infinito poder. Publicarán la magnificencia de su santa gloria, y anunciarán sus maravillas. Hablarán de su terrible poder y ensalzarán su grandeza. Á voz en cuello hablarán de la abundancia de su inefable suavidad, y saltarán de alegría por su justicia. (2) La suavidad de Dios, del Padre y del Hijo, ¿no es por ventura, el Espíritu Santo? (3) Sí, lo es, y ved aquí el objeto de nuestro amor, Esta santísima persona en cuya gloria nos ocuparémos en el presente capítulo.

El Espíritu Santo está en el Padre y el Hijo, puesto que con Ellos tiene la misma esencia, la misma grandeza y poder. Inmenso como el Padre y el Hijo; y como Uno y Otro, eterno, glorioso, adorable. Es fuego que jamás se extingue, y amor cuyas divinas llamas abrasan al Padre y al Hijo. Cuando en Él pensamos, palpita el corazón de gozo, y el alma lo bendice con toda la efusión de su ternura, por haberle dado este a-

[1] CXXXI. 14. [2] Ps. XLIV. 3, 7. [3] D. August. De Trinit. 6. c. 10.